

espesor de la cordillera, que no dejaba al interior más que un corto número de cuencas favorables a la colonización, obligaba a detener su marcha o replegarse lateralmente en dirección al mar a aquellos emigrantes a quienes la lucha por la existencia había conducido al pie del Cáucaso o de sus cordilleras paralelas al Norte o al Sud. La montaña no les ofrecía en esta parte de su arista más que un corto número de brechas transversales que invitaban a los viajeros a la ascensión; los muros paralelos que se suceden de Norte a Sud son muy difíciles de franquear, los más bajos a causa de sus rocas abruptas y de sus bosques continuos y casi impenetrables, los más altos por sus nieves. En cuanto a intentar un viaje circular para rodear de una a otra vertiente la extremidad del Cáucaso occidental, casi quimérico hubiera sido emprenderlo, porque los promontorios de la orilla meridional, todos fáciles de defender por corto número de hombres, se sumergen a centenares en las olas del mar Negro. Hace dos mil años se instaló un ejército de trabajadores, bajo las órdenes de Mitrídates, para trazar allí un camino en cornisa como el que sigue el Mediterráneo entre Niza y Spezia: era el único medio de unir las dos mitades de su inmenso imperio, al norte y al sud del Ponto Euxino; pero este camino duró solamente un corto número de décadas, porque ni los emperadores de Roma ni los de Bizancio se cuidaron de conservarle; los Rusos le restablecieron después de un abandono de veinte siglos.

Al macizo de montañas, uno en su formación, corresponde una población que sea una por sus orígenes, sus costumbres y su historia, pero a la que el acantonamiento en pequeños grupos ha diferenciado poderosamente. A excepción de los Svanes de la alta cuenca del Ingur, y de los Karatchai «gentes del Torrente Negro», de los valles septentrionales vecinos del Elbruz, todos los habitantes de las montañas del Oeste pertenecían al grupo de las naciones más o menos mezcladas que en otro tiempo se designaban bajo el nombre genérico de Tcherkesses o Circasianas. Verdad es que los Kabardes (Kabardin, Kabertai) del Este, los Adighé del Nordeste, los Abazes o Abkhazes de la vertiente meridional presentaban entre sí notables diferencias, procedentes del suelo, del clima y de las relaciones de comercio,

pero constituían un grupo étnico perfectamente diferenciado. Tal era, de una manera general, la distribución de los pueblos en el Cáucaso antes de la llegada de los Rusos, y puede decirse con toda certidumbre que en la época antehistórica, las condiciones del medio, análogas a las de nuestros días, determinaban una agrupación de la misma naturaleza entre los escasos habitantes.

Cualquiera que fuese el origen de tal o cual tribu de las montañas, la manera de ser de la comarca condenaba a la mayor parte de los indígenas a una existencia completamente aislada. Los valles del Cáucaso, no ofreciendo más que una puerta del lado de la llanura, y hallándose limitados por todas partes por las nieves y los glaciares inaccesibles, constituían otros tantos dominios distintos, a veces hasta verdaderas prisiones, trampas inmensas en que se veían encerrados ciertos pueblos, que conservaban su individualidad particular. Había valle de la Svanecia (Suanecia, Svania) o del Daghestan que era un mundo verdaderamente cercado, donde alguna familia aprisionada vivía desconocida de las naciones del exterior, formando por sí sola una pequeña humanidad que ignoraba la existencia de la gran humanidad del extenso mundo. En ninguna otra región montañosa de Europa y de Asia se observa la existencia de tantos grupos humanos que se distinguen claramente unos de otros y se niegan a reconocer lazos de parentesco que, no obstante, son incontestables; debido a que en ninguna otra comarca como el Cáucaso presenta al mismo tiempo y en el mismo grado caracteres de orden más diferente, ni ejerce, por la riqueza natural de su flora y la dulzura de su clima, un poder tan grande de atracción, ni posee, por la forma de sus cuencas de difícil salida, tan poderosa fuerza de fijación.

Un pasaje de la *Geografía* de Strabon, citado muy frecuentemente (libro XI, c. II, p. 16), refiere que, según las relaciones de los mercaderes, «trescientos pueblos» se encontraban a veces sobre el mercado de Dioscurias, la Sukhum-Kaleh actual. El geógrafo griego, protestando contra esta exageración, evalúa, sin embargo, en setenta el número de las poblaciones diversas de distintas lenguas cuyos representantes cambiaban sus géneros en la ciudad de Dioscurias: estos datos precisos los debía sin duda Strabon a Moapherne, tío paterno de su madre, que había sido

gobernador de la Cólquide (lib. XI, c. II, p. 18), y puede tanto más creerse en su verdad aproximativa, cuanto que, sólo para la Transcaucasia, el censo de 1891 enumera sesenta y seis pueblos diferentes, y que se cuentan poco más de ochenta para el conjunto del Cáucaso. Hay, pues, coincidencia a mil ochocientos años de intervalo entre lo dicho por Strabon y los datos precisos suministrados en nuestros días por los etnólogos y los estadísticos; la historia atestigua que, a pesar de las emigraciones y los cambios de residencia, el fondo étnico ha quedado el mismo; muchos pueblos, ejemplo los Svanes, están acantonados inmutablemente en la ciudadela de montañas que habitaban sus abuelos. Por lo demás, Strabon da una explicación completamente errónea, más bien absurda, de esta prodigiosa variedad de los Caucasianos: «Sería preciso atribuirle, dice, a la vida errante que llevan esos pueblos»; cuando la verdad es todo lo contrario. Esta variedad proviene del semicierre de los valles caucásicos en los cuales las tribus están forzosamente aisladas, sin poder entremezclar sus vidas, y no conociéndose más que por los encuentros con los mercaderes en los apartados lugares de feria.

Así dividida en dominios numerosos, la Caucasia no podía constituir un imperio, un Estado homogéneo: a lo sumo unos bandidos descendidos de la montaña dominaban temporalmente las poblaciones aterrorizadas de las llanuras adyacentes, o bien unos conquistadores de la campiña abierta penetraban en algún valle tributario; pero las facilidades de la defensa y las dificultades del ataque, juntos a la casi imposibilidad de los transportes, habían de conservar durante siglos el equilibrio primero de las numerosas pequeñas nacionalidades yuxtapuestas. Los conquistadores llegaron fatalmente del exterior, y no pudieron sostenerse allí sino hasta una época en que las llanuras del Norte, ocupadas por una población muy considerable, les suministraban, por la industria y la riqueza, un enorme poder de ataque. Estas condiciones no se han satisfecho hasta el siglo XIX, que vió nacer el poder de Rusia en aquellos sitios.

Sin embargo, las cien nacioncitas aisladas debían de traficar unas con otras, y por contacto individual se estableció un movimiento comercial que ya fué considerable en los tiempos míticos,

como nos lo refiere la leyenda del Toisón de oro. Los Griegos navegaban directamente hacia las bocas del Phase, el Rion actual, pero recibían sobre todo por intermediarios los metales y otros objetos de valor procedentes de la región del Cáucaso. En la división natural del trabajo que se opera entre los pueblos, conforme a las condiciones especiales de su medio, ciertas tribus se encargaron del transporte, y gracias a su oficio pacífico, necesario a todos, adquirieron en todas partes el derecho de hospitalidad. De este modo se tienen muy serios indicios para admitir la existencia de un comercio establecido regularmente entre el Cáucaso y las orillas del mar Báltico por mediación de los Osses, acaso también por el de los Ases inmigrados en Escandinavia y que estaban unidos por lazos de parentesco a la población que ocupaba entonces y ocupa todavía las dos vertientes del paso del Darial¹.

Comparados a la muralla que se levanta oblicuamente entre los dos mares—Ponto Euxino y Caspio,—los diversos macizos a que se da alguna vez el nombre de Anti-Cáucaso, no tienen regularidad alguna en su distribución y presentan varios centros de formación y resistencia, complicados con roturas y pliegues que atestiguan una historia geológica muy accidentada. En este dédalo pueden reconocerse varias alineaciones de montañas, pero en ninguna parte se ven largas aristas continuas como el muro caucásico. Las cadenas están recortadas sin orden aparente en varios fragmentos secundarios por los torrentes y los ríos: aquí el Rion y el Tchorukh, allá el Araxa y el Kura; al Oeste y al Sudoeste los diversos afluentes del Eufrates; al Sudeste los del Trigris han despojado un cubo enorme de escombros para distribuirle en aluviones en el mar Negro, el Caspio y el golfo Pérsico. Esos grandiosos fenómenos de erosión dieron por resultado vaciar la mayor parte de las extensiones de agua que antes ocupaban las cavidades de esas altas tierras, de las cuales aun queda cierto número, grandes y pequeñas. Menos elevado por término medio y de dimensiones más extensas, el Anti-Cáucaso ofrece pendientes forzosamente menos rápidas que las de los montes caucásicos, y por consecuencia debe retener sus cuencas lacustres más tiempo antes de ser vaciadas por los profundos cortes de los cauces fluviales.

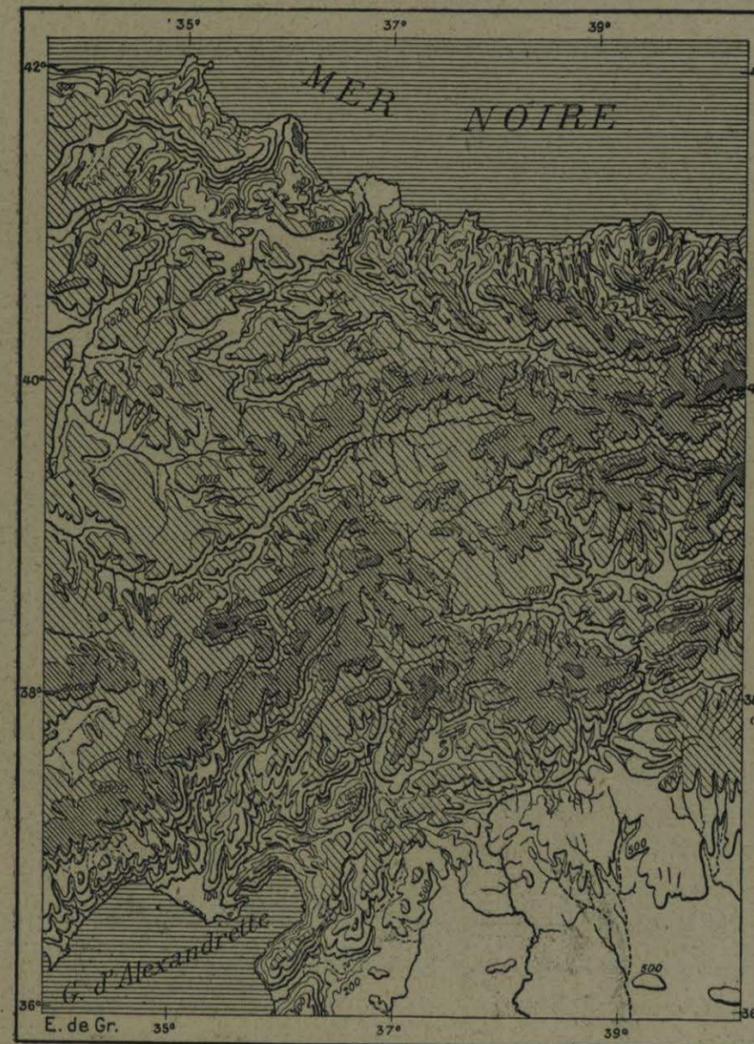
¹ Champeaux, *Science sociale*.—Vivien de St. Martin, *Recherches sur les Populations primitives du Caucase*.

Los montes Armenios, que elevan sus escarpas al sud de las campiñas transcaucásicas, reposan sobre una base uniforme de unos 2.000 metros surcada en diferentes direcciones por los torrentes, dominando acá y acullá la base de la meseta desierta o los profundos valles cortados en su base. De la cortadura del Eufrates a la del Araxa y de la llanura del Kura a la vertiente de los montes vueltos hacia el Tigris, el viajero recorre una comarca desigual, donde sobre espacios de centenares de kilómetros de longitud se ve desde todas partes un círculo de horizonte dentellado de montañas, y en el cual, gigantes como el volcán Alagöz o «Monte Abigarrado» y como el Masis, más conocido en el mundo occidental con el nombre de Ararat, dominan ese caos aparente, pero en parte alguna de manera a limitar completamente un dominio geográfico sin fácil salida hacia el exterior. El país presenta por todas partes obstáculos, que por todas partes también se pueden franquear o sortear. De ahí resulta algo de vago e indeterminado en el aspecto de la comarca: no se sabe qué nombre darle, porque carece de límites naturales y también a causa de que por todos lados termina por zonas de transición. Al Oeste, la línea de separación entre el Asia Menor y el Anti-Cáucaso se halla marcada, mucho menos por el curso del Alto Eufrates o Kara-su, «el Agua Negra», que por la depresión general de la comarca en todo el largo del meridiano que continúa al Norte la parte más occidental del valle del río.

A la proximidad del golfo de Alexandreta, la llanura donde se encuentran en nuestros días Biredjik y Marach, se continúa al Norte hacia la curva muy prolongada de la costa sud-oriental del Ponto Euxino por mesetas de acceso relativamente fácil: el conjunto de la región constituye una cortadura bastante clara de uno a otro mar, y puede ser considerada como formando la raíz de la península de Anatolia. Sin embargo, un muro de montañas ocultas al Sud esta comarca de transición entre la Armenia y el Asia Menor, y el Eufrates mismo, varios de sus afluentes, y, finalmente, el Djihun, que corre hacia el Mediterráneo, han de atravesar ese obstáculo por ásperos desfiladeros. Al Norte, sobre la vertiente del mar Negro, existen otras gargantas estrechas donde murmuran los ríos correspondientes a las de la irregular serie de las murallas meridionales.

En sus altos valles, las diversas ramas dominantes del Eufrates forman parte de una área geográfica completamente diferente de la de las llanuras de abajo. La unidad aparente, dada

N.º 77. Raíz de la península de Anatolia



Curvas de nivel de 400, 200, 500, 1000, 2000, 3000 y 4000 metros

SSSR

1: 5 000 000

0 100 200 300 400 Kil.

por el curso de las aguas entre las regiones montañosas de los torrentes superiores y el curso sinuoso de los ríos propiamente dichos, es puramente ilusoria. La misma dirección que toman los

dos ríos Muhrad-su y Kara-su para formar el alto Eufrates, es la de Oriente a Occidente y se refiere históricamente mucho más al valle del antiguo Halys de Capadocia, el moderno Kizil Irmak, que a la de los ríos de la Mesopotamia. En las regiones septentrionales, el movimiento de las naciones se hacía de Este a Oeste, de la Armenia hacia el Asia Menor, o a la inversa, en tanto que al Sud el vaivén de los hombres tenía lugar en un sentido perpendicular, de Norte a Sud, en las emigraciones, y del Sud al Norte en las marchas de invasión y de conquista.

La denominación de Armenia bajo la cual suele designarse el país que da frente al Cáucaso, según sus habitantes los más civilizados, no presenta cierto valor sino desde el punto de vista puramente etnológico, y además, aun antes de las matanzas, no eran muchos los distritos en que los representantes de esta nación se encontraban en mayoría; frecuentemente los Armenios han debido cambiar de residencia en diversas direcciones bajo la presión de los pueblos vecinos. Hasta los nombres locales han cambiado muchas veces: el nombre Ararat, hoy exclusivamente aplicado a la gran montaña del Masis, tenía antiguamente una significación mucho más amplia. Bajo la forma asiria Urartu o Arartu, ese término designaba constantemente la parte nor-oriental de la Armenia, sobre todo la llanura del Araxa: todavía para San Jerónimo el Ararat era, no el volcán soberbio, sino la extensa y fértil campiña que se extiende hacia el Caspio. En una palabra, el Ararat era el país de los Alarodios (o Araracios) mencionado por Herodoto¹.

Por otra parte, el nombre de «Armenia» parece haberse dado antiguamente a la parte sud-occidental de la comarca así denominada en nuestros días. Herodoto no conocía Armenios sino sobre el alto Eufrates, cerca de la Frigia y en las montañas, donde el Halys tiene su manantial². La emigración de ese grupo humano se hizo, pues, en la dirección de Occidente a Oriente y acaba por terminar en el valle del Araxa³. Parece que hacia el principio de la dinastía de los Akheménidas unos Armenios o Haikanes—«Ascanios»—poblaron las inmediaciones del macizo del Ararat,

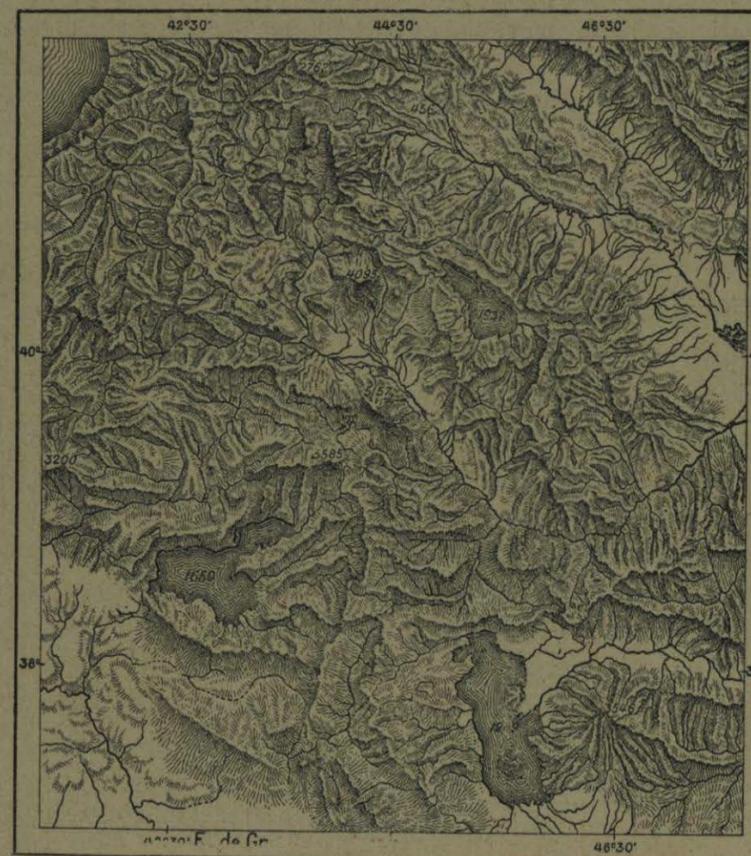
¹ Libro III, 94; Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 2, 3 y siguientes.

² Libro I, 72, 194; VII, 73.

³ Moisés de Khorène; Fr. Lenormant, *loc. cit.*, t. II, ps. 372 y siguientes.

convertido en el centro geográfico de su dominio, encontrándose un recuerdo de la antigua estancia en el nombre de Achkenaz, antigua denominación de los Frigios. Según gran número de filólogos, el mar antiguamente conocido con el nombre de Pontos Axenos o Axeinos se designó así a causa de los Ascanios de sus riberas: después los marinos griegos modificarían esa palabra para darle en su lengua un sentido de buen augurio.

N.º 78. Relieve de los montes de Armenia



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Basta comparar los macizos irregulares del Anti-Cáucaso y de los montes vagamente llamados Taurus armenio, con la larga cadena del Cáucaso, estrecha, difícilmente abordable, para comprender cuán diferente había de ser el movimiento de la historia en las dos regiones: los montes y las mesetas del distrito meridio-

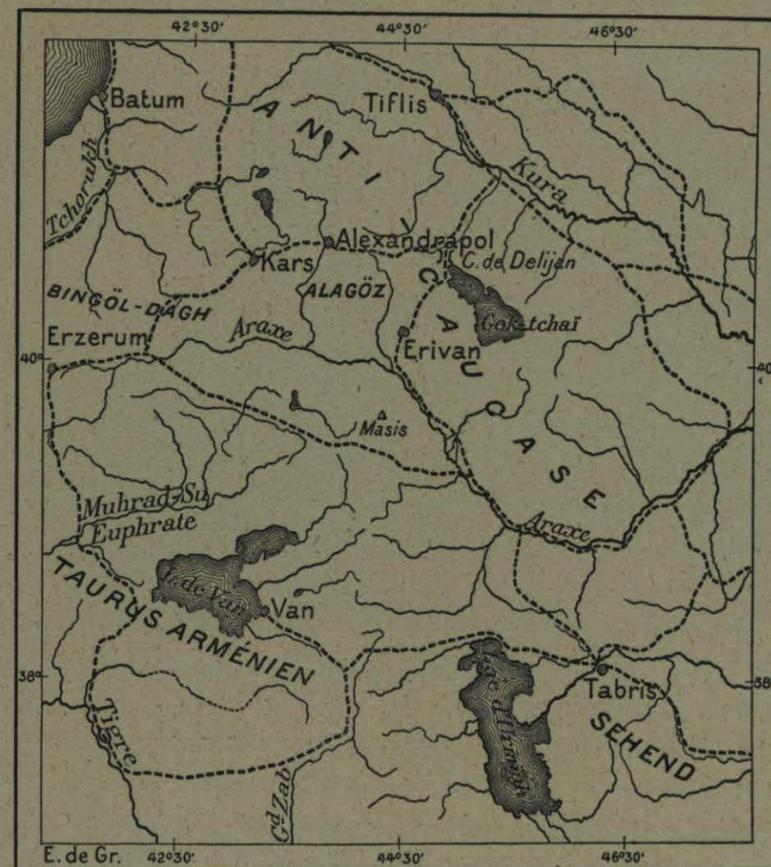
nal, cortados por caminos de travesía, son mucho más fáciles de franquear que la formidable muralla septentrional, que cerraba el camino a pueblos en marcha.

Las altas tierras de la Armenia—cuya parte más maciza y continuada da frente directamente al Cáucaso y perfila sus cadenas paralelas o ramificadas entre la meseta del Irán y el curso superior del Eufrates,—no pueden considerarse como un cuerpo geográfico en posesión de un carácter real de unidad, pero se comprende bien que una nación dominante por el número, por la fuerza o por el valor relativo de su civilización, haya intentado formar allí un imperio, hasta un imperio conquistador, y subyugar las poblaciones de las llanuras circundantes. Sin embargo, hay que observar también que esta región es atacable sobre todos los puntos de su extensa circunferencia: por todas partes se abren brechas en el muro de la ciudadela.

De ese modo las poblaciones encerradas en las cuencas del Kura y del Rion, es decir, en la amplia avenida transcaucásica, podían sobre muchos puntos buscar una salida para sí mismas o para el excedente de sus hombres jóvenes. Una primera puerta fácil tenían abierta al Sud por el valle del Araxa; los que la remontaban, en bastante número y asaz valientes para rechazar a los aborígenes, recorrían el contorno de toda la mitad oriental del Anti-Cáucaso y penetraban sin escalo hasta el maravilloso jardín de Erivan, entre las dos cuencas del Alagöz y del Masis, donde podían escoger, hacia los cien manantiales del Eufrates, el paso que les pareciese más bajo y peor defendido. Para los habitantes de las campiñas transcaucásicas, que se hallan hacia el centro del istmo, el camino de ataque más favorable era el que toma actualmente el camino carretero, por la garganta de Delijan y la orilla occidental del Gok-tchai; llegados a esas alturas, podían, o descender a la llanura de Erivan, o ganar al Oeste la región que divide las pendientes, de que los Rusos modernos han cuidado de apoderarse para utilizar sus puntos estratégicos: allí se elevan las fortalezas de Kars y de Alexandropól. El alto valle del Kura ofrece un cuarto paso, y por el litoral del mar Negro, en el Lazistan, otros pueblos ganan los senderos que irradian sobre los pastos alrededor de la cuenca del Tchorukh.

La relativa facilidad de acceso que presentaban a los pueblos emigrantes los montes del Anti-Cáucaso y del Taurus, explica las guerras incesantes que han ensangrentado esas comarcas y los numerosos desplazamientos de poblaciones que allí se han verificado. Los habitantes, acosados por diversos lados, mezcla-

N.º 79. Caminos del Anti-Cáucaso



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

dos, fragmentados, se han limitado, en consecuencia, de una manera menos precisa que sus vecinos del Cáucaso; los territorios de habitación han cambiado mucho más frecuentemente; han tenido lugar emigraciones en todos sentidos; las lenguas, las razas, las tradiciones se han mezclado: hay supuestos Turcos de origen griego, Judíos o Kurdos que se llaman Armenios. Los

Kurdos son, por lo demás, los que, desde los orígenes de la historia, parecen haber guardado mejor el tipo, lo que se comprende, porque habitan los distritos montañosos más elevados y abruptos: los invasores, buscando caminos fáciles para ir a sus conquistas, se han separado prudentemente de las escarpas áridas y de los valles superiores frecuentemente obstruidos por las nieves.

A la diversidad de las razas del Anti-Cáucaso y del Taurus corresponde la de las religiones, y el motivo de esta gran variedad de cultos reaparece en las condiciones geográficas del medio, no como era grato repetir antiguamente, en los «misteriosos decretos de la Providencia». Las montañas limítrofes del Asia Menor están situadas hacia el centro de gravedad de las comarcas donde nacieron el mazdeísmo, el judaísmo, el cristianismo, y el conflicto de esas diversas creencias, de esas fuerzas encerradas en un mismo circo, había de producir necesariamente religiones mixtas, especialmente aquéllas que, bajo diferentes formas, recibieron el nombre genérico de «gnosticismo». Después todos esos cultos fueron condenados a nuevas evoluciones cuando el Islam apareció a su vez en la escena del Asia anterior y mediterránea. Esos son fenómenos que se refieren al dominio de la mecánica social y se amoldan a sus leyes.

Los Armenios, esparcidos sobre las pendientes de los montes y en los altos valles alrededor del Ararat, no hallaron jamás en sus países natales recursos suficientes para su sustento, y como tantos otros pueblos montañoses, hubieron de ir a ganarse la vida en comarcas extranjeras; pero lo que les distinguía de otros emigrantes, es que entre ellos estaba grandemente representado el elemento intelectual. Un hecho geográfico importante explica en gran parte este privilegio de los Haikanes: su patria, comparada a la de los Kurdos, cuyo territorio se entremezcla con el suyo como hilos diversos en un tapiz, consiste sobre todo en terraplenes ampliamente aireados, en vastas campiñas que bordean riberas lacustres o que rellenan el fondo de cuencas antiguamente inundadas, en tanto que en la vecindad inmediata, unos macizos abruptos de montañas, cortadas por desfiladeros y gargantas difíciles, dan asilo a pastores, que viven allá arriba, en las nieves, llevando una existencia áspera y peligrosa. El contraste de la Naturaleza se presenta sobre mil puntos en toda esta



EL LAGO Y LA CIUADELA DE VAN (véase pág. 454)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

región atormentada, y una oposición correspondiente se manifiesta en las costumbres y las cualidades hereditarias de las poblaciones respectivas. Gracias al medio, las unas se dedicaron principalmente a la agricultura, asociada a un comercio de emigración periódica, las otras se limitaron a la cría de rebaños, completada, en tiempo y lugar oportunos, por expediciones de bandidaje.

Como quiera que sea, los habitantes del Anti-Cáucaso no gozaron frecuentemente de la dicha de ser independientes, ni aun durante la existencia del reino llamado de Van: tal o cual conjunto de valles no podía constituir un grupo autónomo sino en las épocas durante las cuales no se habían constituido grandes imperios invasores en el Mediodía. No conocemos, por lo demás, la historia de la región montañosa que se extiende desde el lago



ESCITAS ARMADOS DE LANZAS, SEGÚN EL VASO DE KUL-OBA
(Museo del Hermitage, en San Petersburgo).

de Van al lago de Urmiah, es decir, del país de Urartu—idéntico al Ararat de los Hebreos,—sino por los anales asirios, porque el arte de la escritura, enseñada por los escribas ninivitas, pero aplicada a un idioma sin relación con el asirio, no penetró en esta comarca hasta la época de Assurnazirpal. Durante un período lo menos de setecientos años, comenzando treinta y cuatro siglos antes de la época actual, la influencia de los Asirios fué preponderante en Urartu, y aun, bajo el rey Sargón, la dominación ejercida directamente por los conquistadores del Sud parece haber sido aceptada sin ninguna tentativa de resistencia, siendo, a decir verdad, más de una vez violentamente turbada por invasiones kimerianas y escitas; el nombre de este último pueblo se encuentra hasta en el de Sacaseno, provincia del Alto Araxa, citado por Strabon. Algunos documentos señalan guerras entre los príncipes de Van y los Héteos, establecidos en la Siria del norte¹.

Sobre el territorio de Armenia, perteneciente actualmente al imperio ruso, Nikolski y otros arqueólogos, hasta el año 1895, han descubierto veintitrés grandes inscripciones cuneiformes, y se conocen en todo un centenar en el conjunto del país armenio, que se prolonga al Sud y al Este, hasta en el Azerbeidjan; es verdad que no se han descifrado aún todas, porque hay modificaciones de los signos asirios que hacen muy difícil la lectura de esos documentos petrográficos. De todos esos monumentos escritos, el más notable es el que cubre con sus quinientas líneas una de las paredes del pedestal de rocas que tiene la ciudadela de

¹ A. H. Sayce, *Les Héteos*, *Annales du Musée Guimet*, p. 50.

Van, atribuída por la leyenda a la fabulosa Semíramis: refiere los altos hechos de un rey Argichtis I, quien, durante un eclipse de la potencia asiria anterior al reinado de Tiglatphalazar II (Tugultipalesharra), llevó sus conquistas hasta el Mediterráneo sirio. El orden geográfico de esas inscripciones, muestra la dirección de las vías históricas: por la misma forma de las mesetas y de los macizos de montañas, estaba ya indicada y no ha cambiado desde aquella época. La civilización de aquellas comarcas bajo la influencia asiria debió ser superior a la de las poblaciones actuales, puesto que existían canales de irrigación en los flancos de todas las colinas, sobre todos los valles, que se intenta hoy restablecer a toda costa. Mucho ha de hacerse para restaurar la red de canales de riego en toda la antigua Armenia; la prolongada sujeción del pueblo le ha privado de la energía necesaria para el bello arreglo de su dominio.

Tras de los Asirios vinieron los reyes Medas, de los que fué tributaria la Armenia; luego suplantó Ciro a los soberanos de la Media, para ensanchar su imperio y sujetar más estrechamente a su poder la nación de los Haikanes; por último, al cesar la dominación persa, Armenia tuvo la misma suerte que todas las comarcas conquistadas por Alejandro. El país del Ararat formó parte desde entonces del mundo sujeto al Occidente.

